



## HOMILÍA DEL SR. OBISPO DE OSMA-SORIA MONS. GERARDO MELGAR VICIOSA

---

### Homilía en la festividad de Santa Clara de Asís Monasterio de Santo Domingo (Soria) – 11 de agosto de 2011

Queridos sacerdotes concelebrantes,  
muy querida Madre Abadesa y comunidad  
de Hermanas pobres de Santa Clara,  
queridos hermanos todos:

Los santos, permitidme la expresión, no son reliquias del pasado ni recuerdos históricos sin vida, cuyas existencias dijeron mucho a los hombres y mujeres de su tiempo pero que no pueden decir nada, por ejemplo, a los hombres y mujeres del S. XXI. Los santos, por el contrario, son testimonios vivos que siguen interpelando y contagiando su misma vida vivida desde Dios a los hombres de todos los tiempos porque en el subsuelo de los cambios de cada época subyace el ser humano, que es siempre el mismo, que tiene las mismas necesidades y que tiene unas ansias profundas de eternidad y de felicidad que sólo Dios puede satisfacer. De este modo, los santos son modelos y testigos vivos que *impactan*, que fecundan sin cesar a la Iglesia y animan a los hombres y mujeres de todos los tiempos a imitarles en su estilo peculiar de vida. Sí, hermanos, los santos son un gran regalo de Dios.

Así sucede también con la santa cuya memoria hoy honramos, Santa Clara. Ella es un verdadero modelo de santidad y de vida entregada al Señor que sigue interpelando hoy a todos cuantos con corazón sincero y abierto se acercan a su vida modélica y ejemplar en la vivencia de las virtudes cristianas. No voy a detenerme en *dibujar* a grandes rasgos la vida de Santa Clara porque la conocemos sobradamente. Sin embargo, sí quisiera fijarme en el estilo de vida que ella vivió; en las motivaciones que le llevaron a ello; en las peculiaridades de su vida cristiana y religiosa; en el proyecto de vida que hizo realidad viviendo las virtudes cristianas de manera auténticamente heroica. Y quiero hacerlo porque -desde la reflexión en torno a estos aspectos de su existencia- podemos tratar de vivir las mismas actitudes en las que ella es verdadero ejemplo y modelo.

En pocas palabras -en la Bula de Canonización, con este bellísimo panegírico- resume perfectamente el Papa Alejandro IV la vida de Santa Clara: *“Fue alto candelabro de santidad; rutilante de luz esplendorosa ante el tabernáculo del Señor; a su ingente luz acudieron y acuden muchas vírgenes para encender sus lámparas. Ella cultivó la viña de la pobreza, de la que se recogen abundantes y ricos frutos de salud; ella fue la abanderada de los pobres, caudillo de los humildes, maestra de continencia y abadesa de penitentes”*.

Con estas palabras resumía y dibujaba el Sumo Pontífice el perfil de esta gran modelo de santidad. Ella descubrió a través de las predicaciones de San Francisco que Dios le llamaba a la santidad. Esta llamada a la santidad, que

abrasaba el corazón de Clara, resuena en su espíritu con una inusitada fuerza cuando oye decir a Francisco aquellas palabras: *“éste es el tiempo favorable, es el momento; ha llegado el tiempo de dirigirme hacia el que me habla al corazón desde hace tiempo; es el tiempo de optar, de escoger...”*. Clara se ve reflejada en estas palabras y comienza su camino de discernimiento vocacional, intuyendo que Dios le llama a que se entregue totalmente a Él viviendo un estilo de vida parecido al de San Francisco. Ella, profundamente confiada en Dios y queriendo cumplir su voluntad amorosa, opta por este camino.

Las palabras antedichas impulsaron a Santa Clara a entregarse totalmente a su Amado. Al volver a escucharlas pensamos, por así decir, en el *empujón* que todos hemos necesitado para seguir nuestra vocación: aquel acontecimiento, aquel encuentro, aquellas personas, etc. Ocasiones de gracia que nos ayudaron a ver con los ojos del corazón qué quería Dios y nos ayudaron a decidimos a seguir la voz de su llamada.

Santa Clara, escapándose de su familia, dejando la pompa propia de su noble estirpe familiar, se decide a vivir en total desapego del mundo, poniendo así en práctica las palabras de Cristo: *“no podéis servir a Dios y al dinero”* (Mt 6, 24). Quiere entregar su vida enteramente a Cristo y, por eso, va a vivir en la más radical de las pobrezas, para que su corazón sólo esté centrado en su único amor, en el Esposo.

El deseo de entregar su vida por entero a Cristo, imitándole a Él en su desprendimiento y abajamiento, es la razón suprema que le lleva a Clara a donar su existencia a los diecinueve años al Rey de su alma en la frescura y el vigor de su juventud. Está decidida a vivir una vida retirada, orientada plenamente hacia Dios, sin ninguna propiedad ni posesión, dedicada a la oración y a la caridad. Tan entrañablemente amó la virgen Clara la pobreza total y absoluta en el seguimiento de Cristo pobre que rechazó repetidas veces, con sumisión y reverencia pero con viril energía, las posesiones que los Papas le ofrecieron y las mitigaciones que en la práctica de esta virtud le proponían. Por todo ello, podemos decir que Clara es la más fiel imitadora de San Francisco en la pobreza y en la humildad porque quiere asemejarse a Cristo, que nace pobre, sin nada y en un pesebre, y muere sin nada en la cruz.

Veintisiete años estuvo enferma nuestra santa. Sin embargo, la enfermedad y los sufrimientos los soportó con paciencia heroica. Incluso en el momento de la agonía repetía una y otra vez: *“desde que me dediqué a pensar y meditar en la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, ya los dolores y sufrimientos no me desaniman sino que me consuelan”*.

La fortaleza de espíritu de Santa Clara tiene una raíz profunda que debemos considerar nosotros en nuestras vidas: el deseo de la fidelidad al Evangelio y el amor a la Eucaristía: En la contemplación de Jesucristo descubre Clara la razón de ser y la meta última de su andadura. Esta convicción suya -de que el fundamento de todo está en Cristo- le lleva a centrar toda su vida en Él, no como un refugio para huir de las dificultades del mundo sino para comprometerse en la construcción de la historia humana según el proyecto de Dios.

En este sentido, el mensaje de Santa Clara para sus hijas era claro: han de vivir según el Evangelio; y vivir según el Evangelio quiere decir vivir en obediencia, sin nada propio y en castidad. Se trata, pues, de vivir una forma plenamente equilibrada en la relación con todo lo demás, personas y cosas. Vivir en pobreza, es decir sin nada propio, significa renunciar a pretender tener derechos sobre las personas, incluso sobre los cargos que se les confíen. Han de renunciar a todo, absolutamente a todo. Para las hijas de Clara, como para cada uno de nosotros, esto será posible si consideramos que todo lo hemos recibido de Dios y a Él se lo devolvemos todo. Vivir esta renuncia total, queridos todos, sólo es posible si diariamente se renueva en la contemplación y en la meditación todo lo que Dios ha hecho por cada uno, sobre todo del don precioso de poder encontrarnos con Él. A partir de este encuentro con Él es como podemos vivir en plenitud.

Este fijar la mirada en Jesucristo se transforma progresivamente en un deseo de Dios y en un compromiso total de hacer donación de uno mismo, dejándole a Él el principal lugar en nuestra vida y quitando cualquier cosa que nos impida vivir cada día esa relación en profundidad. Ahora bien, pensemos que la contemplación, más que un acto, es una manera de ponerse ante Dios, tanto en la oración como en la vida, que hace que se le conceda a Dios toda la primacía, que Él ocupe en nuestra existencia el primer puesto sobre todas las demás cosas y criaturas.

Ésta, queridas hijas tuyas, queridos hermanos, es una de las claves más importantes de la vida de Santa Clara y de toda religiosa clarisa: la contemplación y la oración. Decía la santa de Asís: *“Hay unos que no rezan ni se sacrifican; hay muchos que viven sólo para la idolatría de los sentidos. Ha de haber compensación. Alguien debe rezar y sacrificarse por los que no lo hacen. Si no, se establecería ese desequilibrio espiritual, la tierra sería destrozada por el maligno”*. Ahora bien, no olvidemos que la vivencia de este estilo de vida supone y exige también mortificación y sacrificio. La mortificación del cuerpo no fue sólo para ella una manera de identificarse con los sufrimientos de la pasión del Señor -que también y sobre todo fue eso- sino que era también una manera de conseguir una verdadera armonía entre cuerpo y espíritu, sin extrañeza ni asombro, con un conocimiento profundo de la naturaleza humana, de la racionalidad de los sentimientos y de la afectividad.

*“Ésta es la virgen sabia y prudente, que salió al encuentro de Cristo con la lámpara encendida”*. Los santos son siempre luz encendida, brillante, que atraen y arrastran. La santidad es contagiosa, hermanos; a veces, como en el caso de Francisco y Clara, es una verdadera epidemia de la que se contagian tantos porque a través de su testimonio Dios se inserta en el corazón humano y lo transforma profundamente.

Volvamos nuestros ojos y nuestro corazón a la vida de Santa Clara, de manera especial vosotras, queridas hijas que seguís su carisma; renovad vuestra vida cada día contrastándola con la suya y seguid siendo orantes por los que no rezan; viviendo la pobreza por todos los que ponen su confianza sólo en las riquezas de este mundo; y consagrando vuestra castidad y vuestro amor al Señor y

Esposo por todos cuántos han puesto su amor en las criaturas y en los bienes materiales, desplazando a Dios de sus vidas.

Que Santa Clara os siga alentando en la vivencia cada día más auténtica de los valores evangélicos, sabiendo que toda vuestra vida es hoy para tantos extrañeza, interrogante e interpelación que sólo encuentra respuesta en la conciencia de que vivís así porque os habéis encontrado con el Amor de vuestra vida, con la perla preciosa del Evangelio por la que habéis entregado todo cuanto sois y cuanto tenéis. Que Santa Clara interceda por todos nosotros. Que así sea.

✠ Mons. Gerardo Melgar Viciosa  
Obispo de Osma-Soria